

## LECCIONES DE DEMOCRACIA

### II

**D**ECIAMOS en uno de nuestros artículos anteriores, comentando dos sucesos, uno reciente acaecido en Norteamérica, y otro más remoto, que tuvo lugar en nuestra patria, y la culpa de que perdiéramos nuestras Colonias, que el exceso de amor a procedimientos democráticos, conducía fatalmente a resultados funestos, y lo que es peor, sin enmienda ni remedio.

Insistimos hoy en el tema: en más amplio radio de acción, hubo siempre mucho que aprender en orden a la aplicación en política, de ese concepto que hasta la fecha entiendo que no se ha definido con exactitud. Etimológicamente, se sabe que es gobierno del Pueblo, de la masa, Ley de mayorías; y de estas definiciones se deduce lógicamente, que según sea la orientación que el pueblo, los más, den a sus actividades, así será en el orden práctico lo que la democracia signifique, establezca y ordene, en la vida de relación para la comunidad.

Es admitido como axioma, que el interés particular o de los menos, debe ceder ante la conveniencia o en más amplio sentido, ante el bien de los más.

Consecuencia inmediata de este apotegma, es la creencia de que cuanto la mayoría acuerde es—*a priori*—un acierto sin posible discusión. Sufragio, Jurado, Consejos de Familia, etc., etc., fueron instituciones democráticas, idénticas en pensamiento, aunque diferentes en matiz, que se han ensayado y practicado en muchos países; es forzoso confesar, que en la mayoría de casos sólo sirvieron para enterarnos de que no respondieron al propósito que les dió vida.

¿Por qué? Sencillamente, porque aún concebidas por inteligencias relevantes, con calma, meditación y estudio, al ser traducidas a hechos reales y tangibles, fracasaron de modo ineludible, ya que eran precisamente, los menos dotados, los impreparados, los que al preconizar en teoría la supeditación del interés privado al bien común, desmentían con su conducta la tesis de sus prédicas y apenas investidos de la representación, por sus mandantes, laboraban «pro sua causa» haciendo lonja de sus cargos, feria de sus intervenciones, puja y subasta de sus votos y trampolín de sus investiduras, para llegar—a saltos—a la meta de su particular medro, con olvido del bien de los demás que en ellos fiaron cándidamente. La recomendación, la promesa, el soborno y a veces la amenaza, ocuparon el lugar del desinterés, el decoro, la honorabilidad y la sana intención de hecho, los avisados que adelantan su malicia, pueden y mediatizan a los más dictando e imprimiendo su criterio y así destruyen aquello mismo que ofrecieron construir, frustran el anhelo y vician el sistema.

Organizaciones democráticas, algunas bien recientes, demuestran

estas verdades que asentamos y que basta abrir los ojos para percibir en su triste realidad. ¿Qué labor positiva y eficaz rindió la Sociedad de Naciones?

Ginebra albergó durante un periodo de tiempo, buen número de supuestos, sesudos varones, inteligentes funcionarios a sus órdenes, competentísimas secretarías, ágiles dactilógrafas y un sinnúmero de subalternos, todos ellos espléndidamente remunerados y con sede propia y suntuosa. ¿Para qué? Desafiamos a quien nos indique una sola decisión de aquella Asamblea, que se haya traducido en beneficio de la política internacional. Nació muerta como organismo, tal vez concebido de buena fe y sólo se obtuvo de tan caro cónclave, un respetable déficit dinerario, una serie de intervenciones plúmbeas, ¡Oh manes del señor Madariaga! y conocer a varios émulos del Don Hilarión de «LA VERBENA» encargados de compensar en nombre de la justicia distributiva, a las lindas taquimecas, de su ímproba labor y a los jóvenes funcionarios, por su eficaz y necesaria ayuda e imprescindible colaboración.

¿Será preciso comentar los resultados de esa otra institución que se llama la **ONU**, nacida muerta también, como su predecesora, y acerca de la cual dicen algunos de sus miembros, que aun ignoran cuales sean sus fines y cometido? No me permito afirmar que este nuevo organismo internacional que ya tiene planeado—si no en construcción—su colosal y suntuoso palacio, imitará la conducta de su progenitor inútil: nos tememos, sin embargo, que a semejanza de aquellas excursiones de fin de semana, por los cantones helvéticos y de las espléndidas *soirées* organizadas por los magnates de las finanzas y de la política, luzcan damas más o menos improvisadas, sus lujosas «toilettes» de riquísimas sedas como espuma de Valencia, terciopelos de Génova, hopalandas dignas del pincel de un genio veneciano, vasos y porcelanas de Sevres, Sajonia, el Retiro... y como ornato de sus banquetes, manteles y lencerías sutiles de Mussano, dignas de que las roce con sus labios la dogaresa más gentil, que fuera capaz de plasmar en lienzos el genio del veronés.

Todo sino legítimo, de imitación, ya que de imitación e improvisados son los métodos y un verdadero juego de chicos lo que se realiza. Sólo una diferencia habrá de advertirse, si nuestros temores se confirman: el escenario será Tampa o Long Island, en Florida, país también de suaves y plácidas temperaturas y lindos panoramas gemelos de los de la Costa Azul.

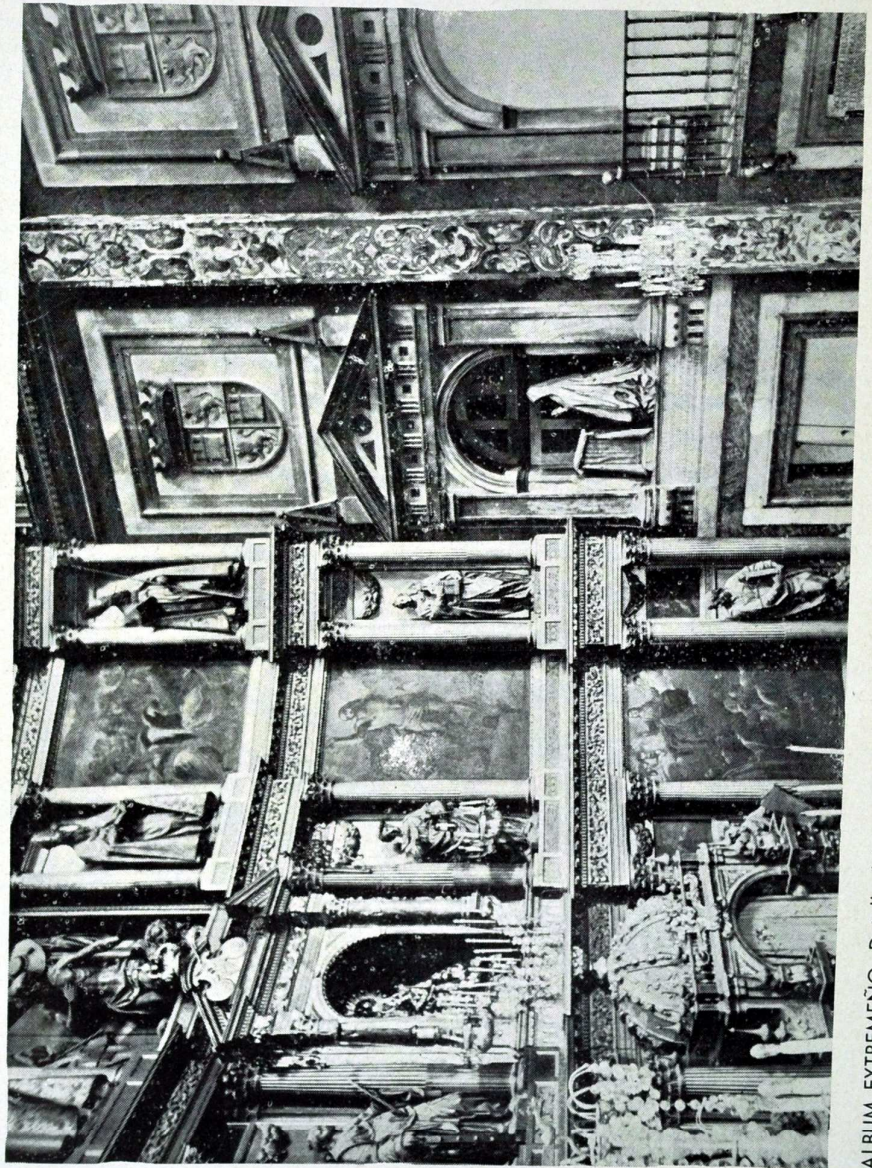
¿Es o no, divertido el ensayo? ¿Se concibe que con la experiencia de la anterior prueba, puedan caer hombres que se dicen políticos de altura, en idénticos errores? ¿No dicen nada a las gentes advertidas, las cincuenta reuniones de los adjuntos o suplentes de los Ministros de Asuntos Exteriores, fracasadas ruidosamente y con pública y notoria confesión de su fracaso por parte de sus propios componentes? ¿No pesa en el ánimo de los más optimistas y cortos de alcance, este *tira y afloja* de tratos, suspensiones de hostilidades, búsquedas de armisticios, que sólo sirve a los turbios fines, de quien no trata sino de ganar tiempo?

Libros conocidos hasta de los menos doctos, y que trataron desde remotos tiempos modos y sistemas de Gobierno, nos advierten de lo antiguo del fracaso. Aristóteles Estagirita, en «El Político», Herodoto en «Los nueve libros de la Historia» irreprochablemente traducido por el Padre Baldomero Pan, Maquiavelo, en «El Príncipe» y tantos otros, nos hablan de los ensayos democráticos en la antigüedad y nos advierten, que aquellos pueblos se estrellaron siempre, tan pronto como la idea se enfrentó con los hechos reales. Así en la Roma antigua, con las cinco formas de Gobierno diferentes, Poder Real primero, Gobierno aristocrático después, Mixto con intervención de Tribunos populares, democratizado luego a causa de la fusión de Tribunos y pueblo, que debilitaron el poder consular; y por último el desemboque en el Imperio, nos convence al recorrer los diversos matices de estas cinco etapas, que mientras más popular—mejor diríamos populachero—más anárquico y más lleno de errores políticos estaba.

Repúblicas, se llamaron las de Venecia y Ragusa, y no eran sino Gobiernos aristocráticos rígidos por endiosados mandones; la Roma renacentista, populachera y ambiciosa, pese a sus pujos de austeridad y noble y sin consistencia la de Cartago; Friburgo introduce la modificación del Gobierno directo por el pueblo mediante el referendum, mediatizado las más veces.

Todo lo que en idea era apetecible y hermoso, se convierte al choque con la realidad impura, en deleznable y caótico. Para Kant, la república se caracteriza por la intervención del Pueblo en las deliberaciones y formación de las leyes; definición vaga, ya que lo difícil es determinar cómo ha de intervenir. Por contra, para Laserna la monarquía restaurada en Francia después del Imperio era solo una «República hereditaria» y Max Delory, da la razón a Montesquieu, cuando afirma que Inglaterra, es una República disfrazada de Monarquía. Nuestras Constituciones ¿qué nos enseñan acerca de los múltiples ensayos democráticos en España? Desde el Estatuto de Bayona hasta la desdichada Constitución de 3 de Diciembre de 1931—copia infortunada este último de la Ley fundamental de Weimar—, todos fueron con mejor o peor intención, peldaños en descenso hasta la catástrofe final, que culminó en el Gobierno rojo y tuvo fin y providencial remedio en nuestra guerra de liberación.

Lo que empezó por una labor sin meditación ni patriotismo, en la que un retardado mental, Fernando VII hipotecó la corona, hubiera sin el movimiento liberador—pasando los ensayos de 1812, 1837, 1849 y 1876—desembocado en una total cirrosis política, ya que en su carrera desenfundada por caminos de libertad mal entendida, era inminente el choque contra el muro de la evidencia, que no es otro que el convencimiento de que no son los sistemas ni los nombres, ni los mote, que a las cosas se adjudiquen, sino la prudente aplicación de normas y reglas a cada caso, estudiando profunda y despaciosamente las condiciones diversas de quienes hayan de regirse en la práctica por las leyes o pragmáticas que antes se estudiaron y promulgaron después.



ALBUM EXTREMEÑO: Detalle del retablo del Monasterio de Guadalupe. Pinturas de E. Caxés y esculturas de G. Merlo

Aún andan por el mundo inteligencias fósiles, que sostienen como evangelio en política el manido aforismo de que «Los excesos de libertad con libertad sólo se corrigen». Que al socaire de una mala interpretación de que *el pensamiento no delinque*, creen lícito el retozo libre y la verborrea desbordada, olvidando que la libertad de pensar, supone, como premisa tener con qué pensar. En punto a sistemas políticos tenemos muchos patrones desde el «Quod principi placuit, legis habet vigorem» y «El Estado soy yo», hasta el antípoda «Salus populi suprema lex». En nombre de unos y otros apotegmas se ha desbarrado en el mundo sin tino al punto de que países que se creen democráticos ¿qué digo? profesores de democracia, llegan a inventar en sus leyes, el delito de *criminal de guerra*, que consiste, ni más ni menos, que en haber peleado por defender ideas políticas y haber sido vencido, y para cuyo delito se eligen los jueces entre los vencedores para mayor libertad en el juicio y más imparcialidad en el fallo: se condena a muerte a ciudadanos que se sacrificaron por su país repetidas veces y hasta se niega a quien cuenta más de noventa años de gloriosa vida, el derecho indiscutible, que reclamó como última voluntad, de descansar entre los soldados a quienes acompañó a la victoria y sucumbieron en la pelea. No se puede pues sujetar en ningún orden, la vida a reglas inflexibles aún en el mundo físico, cosas que creemos aparentemente idénticas, son y reaccionan de modo diferente y hasta diametralmente opuesto. Todos los ojos son iguales, como órgano de la visión. Pero ¿miran de igual modo los ojos de un Cristo o una Virgen que los de un asesino, un avaro, un lúbrico o un traidor? Los ojos no tienen la culpa, es la expresión del espíritu que anima la mirada la que al reflejar un estado anímico les da el matiz y la vida: así en el mundo real y material un arma de fuego perfecta, con sus ajustes exactísimos, puede servir para un asesinato o para la defensa de la patria: no es el arma la culpable, sino la mano que la dispara.

De igual materia deleznable estamos hechos en cuanto al cuerpo, todos los seres mortales: sometidos a idénticas leyes biológicas: pero en cuanto a lo psíquico, ¡cuántas diferencias! Isabel de Castilla y el Rey Fernando, concluyen la Reconquista de España: el César Carlos V añade florones nuevos a la Corona, conquista imperios y domina mundos que fueron orgullo de nuestra nación: en lo antiguo Semíramis funda Babilonia; la rodea de murallas que la mente no concibe que se pudieran construir en aquellos tiempos: el Eufrates se envanece de regar aquellos quince kilómetros de murallas: Ninive, Alejandría y Tiro lucen sus esplendores y lloran su destrucción más tarde y son facetas de otros tantos sucesos históricos, que nos enseñan que bajo cualesquiera regímenes, los humanos construyen o aniquilan según sea su capacidad, sus posibilidades o sus fuerzas directoras: Hoy el mundo parece en trance de regresión a la barbarie más tremenda: Toda la actividad, toda la inteligencia se emplea en preparar la destrucción los unos y la defensa los otros. Una nación que tuvo también en tiempos historia gloriosa, se ve dominada, sojuzgada por una especie de anticristo: un tipo sin pa-

tría ni creencias, que puede ser válico, servio, búlgaro o de cualquiera de los pueblos que miran al Sol del Asia, en el paréntesis comprendido entre los Alpes dináricos y los Alpes de Transilvania—esclavo en fin—que ha sentado su garra sobre parte del mundo, pretendiendo regarla con lágrimas, sudor y sangre de esclavos, abonarla con el estiércol de su sadismo, su crueldad y su ambición, convirtiendo la Tierra toda, en una desolada estepa siberiana...

Ulises ha desatado el cordón del Odro que le regaló Eolo: brotaron de su vientre los vientos del odio, huracanes de guerras y tormentas de malaventuras, en tan catastrófica medida que para cantar la tragedia habría que resucitar a Shakespeare el unigénito.

FRANCISCO BELMONTE

#### IV ANIVERSARIO

## DON TOMÁS MARTÍN GIL

(† 2 de Septiembre de 1947)

Otro año.

Y otra etapa que ha cubierto «ALCANTARA», haciendo honor a los propósitos que fecundaron su nacimiento: «*dar a conocer los valores literarios, artísticos, históricos y científicos de Extremadura*», según se consignaba en aquel ilusionado llamamiento que a todos los extremeños hicimos, anunciando la aparición de nuestra revista, «*unos cuantos amantes de nuestra tierra*».

Don Tomás murió, desapareció físicamente; pero su amor a nuestra tierra permanece en sus obras, y late vivo en la redacción de esta revista a la que se encaminaron los últimos pensamientos del que fué en vida un extremeño entero de cuerpo y de alma. Por eso la memoria inolvidable de nuestro primer Director es como un pomo de perennes esencias con las que se impregna renovadamente cada tirada de nuestra revista.

Guardando fidelidad a los propósitos iniciales, es como «ALCANTARA», número a número, rinde el sencillo y periódico, pero también el mejor y más dilecto homenaje que podríamos ofrecer a D. Tomás, cuyo imborrable recuerdo—pena y estímulo—se funde con la piadosa oración que, en el cuarto aniversario de su muerte, elevamos al Señor, encomendándole una vez más a su infinita misericordia.

F. B. y B.

## A Antonio Machado

Amaste el Guadarrama como le amó el Gran Triste,  
el Rey que quiso y pudo vestirle de uniforme;  
el Rey de los delirios de la grandeza austera  
que por amar la forma supo ordenar lo informe.

Tú hiciste una montaña con tu mirar profundo  
y le diste un reflejo de tono pardo y serio.  
Fueron tus versos piedras de exacto y duro corte.  
Piedras de bronce y vuelo, piedras de monasterio.

Una estameña parda te cuadra. Un sordo rezo  
con los labios muy juntos en un rictus amargo,  
y un mirar que ha olvidado que el ciprés también mira  
y no sabe, y le pesa, más que ver a lo largo.

Tú salmodias sereno tu tristeza profunda,  
tu tristeza gigante, tu tristeza sin par.

Para qué las campanas? Para qué los corales?

Para qué más plegarias que tu grave cantar?

SANTOS SANCHEZ-MARIN